

donde salí del libro, ay, sellado. ¿Y tú, serás mi hija?

¿Y tú, serás mi patria que no terminaré de ver?

¿Dirás lo que dijiste aquella noche, cuando la finca empezaba a ser el paraíso

entrando en el futuro de los naranjales,
bajo la risa de las estrellas.

Alberto Paredes

DE MÚSICA

CONCIERTO EN LA CATEDRAL

En junio de 1979, después de un largo y complicado proceso de reconstrucción, los órganos de la Catedral Metropolitana sonaron de nuevo. Desde entonces a la fecha, se han ofrecido algunos conciertos —muy pocos en realidad— en estos magníficos instrumentos. Y de esos conciertos, probablemente el más interesante ha sido el último, que tuvo lugar hace algunas semanas. El concierto en cuestión fue organizado como un homenaje a la memoria de Francisco de la Maza, infatigable protector del patrimonio artístico nacional; la elección de la Catedral y sus órganos para un homenaje de esta naturaleza no pudo ser más atinada, ya que esos dos órganos son verdaderas joyas que sin duda merecen ser tocadas con más frecuencia.

Las primeras dos obras del programa fueron ejecutadas por Arturo Cisneros en el órgano del lado poniente. A pesar de que el programa indicaba que la primera de ellas es anónima, la verdad es que se sabe que el autor es el compositor español del siglo XVII Antonio Martín y Coll. Sus *Cuatro piezas de clarines* (y no de *clarinetes*, como decía el programa) están escritas para explotar el re-

gistro *clarino* del órgano, es decir, aquel cuya voz se parece a la trompeta. En la interpretación de la obra fue posible apreciar el penetrante sonido de los registros del órgano y la sólida técnica de Cisneros. De esas *Cuatro piezas de clarines* existe, por cierto, una interesantísima grabación, un su arreglo para órgano y trompeta barroca, en la que la interacción entre el instrumento de aliento y el registro correspondiente del órgano produce una de las combinaciones acústicas más poderosas y sugestivas de la música ceremonial barroca.

Después se interpretó una *pastoral* de Bach, de escritura más transparente que otras de sus obras para órgano y que, sin embargo, permitió escuchar momentos sorprendentes de construcción contrapuntística.

Las dos piezas ejecutadas a continuación fueron lo más interesante del programa. Para ellas, Rogelio Jasso ocupó el órgano del lado oriente, y ambos organistas interpretaron dos conciertos para dos órganos de Antonio Soler. Esos conciertos forman parte de la colección de conciertos para dos teclados (en algunos de ellos participa el clavecín) que son quizá los más conocidos de la obra de Soler. Escuchar por primera vez los dos órganos de la Catedral simultáneamente es una experiencia musical asombrosa. La primera necesidad que se plantea es, de inmediato,

hallar un lugar en la nave de la Catedral que permita un balance dinámico adecuado. Ello implicó un recorrido por la Catedral que permitió hacer descubrimientos sorprendentes, principalmente el hecho de que las mejores condiciones acústicas se dan en los sitios más inesperados. Finalmente, y al seleccionar un lugar central, equidistante de ambos órganos, sirvió para recordar que el aparentemente moderno concepto de la estereofonía se remonta muy atrás en la historia musical de occidente. Fue muy curioso observar que el público, instintivamente, buscó una mejor colocación para escuchar las obras antifonales de Soler, concentrándose notablemente en la parte central de la nave de la Catedral. Las dos obras con las que el programa terminó fueron ejecutadas nuevamente en el órgano del lado poniente por Arturo Cisneros. Primero, una *Fuga* de Luigi Cherubini, que fue la pieza que provocó la reacción más entusiasta del público, debida probablemente al enérgico desarrollo de la forma y al final poderoso y vibrante. Para terminar, se escuchó un *Preludio* del compositor contemporáneo Gastón Litaize. Como era de esperarse, una buena parte del público frunció el ceño al oír armonías distintas e inesperadas, y no del todo dulces. Sin embargo, el *Preludio* de Litaize resultó ser una obra muy sólida y de una claridad armónica



RESEÑAS

notable. El hecho de que se haya incluido esta obra en el programa indica una saludable actitud por parte de los programadores, a quienes se agradece que nos permitan recordar que no sólo de Bach vive el órgano. Y a pesar de que el programa terminó con música contemporánea, el público, finalmente, reaccionó con entusiasmo, al grado de que el concierto se prolongó media hora más gracias a varios *encores* ofrecidos por los organistas. Otra vez, entre las piezas fuera de programa, hubo alguna muy contemporánea, como muestra de la variedad de repertorio de Arturo Cisneros y de su actitud ante la música escrita para su instrumento.

Además de sus valores estrictamente musicales, este concierto en la Catedral permitió apreciar algunas cosas interesantes. Por primera vez fue notable la campaña de difusión previa que se hizo respecto al evento; ello ocasionó una afluencia de público inesperadamente numerosa, que de hecho llenó la Catedral para escuchar los órganos. Observar a este público, que no era el habitual de las salas de concierto, dejó la impresión de que la actitud preponderante entre los asistentes era la curiosidad. Y cuando se puede fomentar la curiosidad de nuestro público hacia manifestaciones musicales fuera de lo común, se ha dado un gran paso. No faltaron, por supuesto, actitudes más comunes: una reportera de una cadena televisiva entrevistó a uno de los organizadores del concierto (entrevista que escuché a prudente distancia), y la pregunta que hizo con más insistencia fue: "¿Y cuánto cuestan los órganos?" El entrevistado, claramente contrariado, trató de explicar a la reportera lo absurdo que es intentar tasar monetariamente ciertas cosas; a pesar de ello, la entrevistadora insistió en saber una cifra. Esto demuestra que, en ciertos medios, la información con respecto a la música está gobernada por principios que muy poco tienen que ver con la música misma. Por fin, una pregunta: ¿será posible que ahora que existe la intención aparente de rescatar del olvido a los órganos de la Catedral, en alguna ocasión se explore el vasto repertorio en el que el órgano es acompañado por coros, metales y percusiones, para aprovechar así al máximo no sólo los instrumentos, sino también las posibilidades acústicas de la Catedral Metropolitana?



II

Por lo general, cuando en nuestros canales de televisión se transmiten conciertos (ya sean en vivo o grabados previamente), la imagen suele ser bastante monótona y repetitiva, la calidad del sonido bastante pobre, y la producción muy floja en general. Esto sucede con la mayoría de los programas producidos en México, y con algunos de los que nos llegan del extranjero. Es por ello que cuando se produce una excepción notable a esta regla, vale la pena comentarla. Hace algunas semanas, el Canal 11 transmitió una película documental alemana de primerísima calidad; se trató de un concierto de la Orquesta Filarmónica de Berlín, dirigida por Herbert von Karajan. El solo hecho de poder ver a esta orquesta y a este director, aunque sea sólo en película, vale la pena por sí mismo; si además la cinta en cuestión exhibe sobresalientes valores de producción, la experiencia es doblemente instructiva. El programa del concierto filmado estuvo compuesto por dos obras: la obertura *Der Freischütz*, de Carl Maria von Weber, y el poema sinfónico *Don Quijote* de Richard Strauss. Lo primero que destaca en la película es la riqueza de la imagen. Estamos acostumbrados a ver nuestros conciertos cubiertos por tres cámaras de televisión, colocadas siempre en los

mismos puntos de la sala de conciertos; por contraste, la cinta alemana nos demuestra, a pesar de nuestra posible incredulidad, que hay una variedad enorme en cuanto a los ángulos posibles para filmar a una orquesta y a su director. Es obvio que la filmación se realizó con un buen número de cámaras, y como es de esperarse nunca vemos a alguna de ellas en la imagen de las otras. En segundo lugar, es notable la calidad del sonido. Si por lo general el sonido suele ser uno de los puntos más débiles de las transmisiones por televisión, cuando se trata de música es francamente desastroso. La película en cuestión, sin embargo, presenta una pista sonora impecable, con una riqueza tímbrica notable, y con una limpieza que es aún más valiosa si se considera el hecho de que la película fue filmada durante un concierto en vivo.

En tercer lugar, ese film constituye un alarde asombroso de edición, y no sólo eso, sino que en cada una de las dos obras del programa nos presenta una proposición distinta del montaje filmico-musical. En la obra de Weber, los cortes y los movimientos de cámara están ligados íntimamente al contenido rítmico de la música, de manera que las cámaras parecen convertirse en otros tantos instrumentos musicales. En la obra de Strauss (que por cierto lleva a Mstislav Rostropovich como solista) la



línea general del montaje está más cercana a las características programáticas del poema sinfónico; así, las disoluciones, las superimposiciones y los movimientos ópticos son empleados para reforzar puntos importantes de la narración musical de Strauss. Por encima de todo ello, claro, está el interés de ver dirigir a Karajan (quien por cierto tiene el crédito de supervisión artística en la película) y de oír a la que probablemente sea la mejor orquesta del mundo. Si bien nunca será igual la música a través de una película que en el ámbito vivo de una sala de conciertos, no deja de ser cierto que un documental tan magistralmente hecho como éste puede ser un instrumento de comunicación muy eficaz, como archivo y como transmisor de un acontecimiento musical singular.

III

Una de las formas más directas de calibrar las tendencias actuales del medio musical mexicano, en lo que se refiere a la parte interpretativa, es hacer un breve análisis de las programaciones de nuestros conjuntos sinfónicos. En su primera temporada de este año, las tres principales orquestas de la ciudad han anunciado programaciones que, además de contener algunas obras e intérpretes interesantes, también describen

con cierta precisión la política musical de cada una de ellas. Lo primero que destaca es la profusión de obras de Stravinsky con motivo del centenario de su nacimiento: entre la Orquesta Sinfónica Nacional y la Orquesta Filarmónica de la UNAM han programado dieciséis obras del compositor ruso. La Filarmónica de la Ciudad de México, por otra parte, no ha incluido en esta temporada ninguna obra de Stravinsky. Siguiendo con los homenajes, está la celebración del 250 aniversario del nacimiento de Haydn, señalada por los OSN con un programa especial dedicado a sus obras, mientras que la OFUNAM ha incluido tres sinfonías de Haydn en sus programas. Nuevamente, la OFCM se mantiene al margen del homenaje. Finalmente, está la celebración del centenario del nacimiento de Manuel M. Ponce, para el que la OSN ha programado cinco de sus obras, mientras las otras dos orquestas no han incluido nada de Ponce en sus programas.

También es interesante analizar la inclusión de música contemporánea en las programaciones de nuestras tres orquestas. La Sinfónica Nacional ha dedicado dos programas íntegros de la música de hoy, como una aportación al desarrollo del IV Foro Internacional de Música Nueva; la OFUNAM participa en el mismo evento con un programa

completo de música nueva. En la programación de la OFCM, la música contemporánea brilla por su ausencia. Por lo que respecta a la música mexicana, la OSN ha anunciado ocho obras de autores mexicanos (incluidas tres que forman parte de un homenaje a Julián Carrillo); la OFUNAM ha programado diez obras mexicanas, ocho de ellas incluidas en dos programas dedicados por entero a la música de nuestros compositores; y la OFCM ofrece dos obras mexicanas: *Sensemaya* de Revueltas, y la *Sinfonietta* de Moncayo.

Buscando en el resto de la programación de estos tres conjuntos sinfónicos, podemos hallar algunas otras cosas interesantes. En el caso de la OSN, hallamos las *Canciones del cuerno mágico del doncel*, de Mahler, y la sinfonía *Romántica* de Bruckner. La OFUNAM, por su parte, ha incluido en sus programas el *Concertino* para saxofón de Ibert; la *Octava sinfonía* de Bruckner y el *Requiem* para cuerdas de Takemitsu, ambos bajo la dirección del enérgico Shiguenobu Yamaoka. De la programación de la OFCM destacan como obras interesantes los *Salmos húngaros* de Kodaly, el *Gloria* de Poulenc, la *Sexta sinfonía* de Mahler y el estreno en México del *Concierto* para corno de Franz Strauss.

Juan Arturo Brennan

DE ARTES PLÁSTICAS

ANDREW WYETH Y EL REALISMO DE LA INACCION

"Viento del mar" es el título de una ténpera de Andrew Wyeth cuyas dimensiones no sobrepasan los escasos 19 x 28 centímetros. Sin embargo, la escena que se observa en su interior podría constituir el punto de partida de una innumerable cantidad de relatos. Y es que, apartándose de las tendencias abstractas y neofigurativas, el pintor